

Alpes hasta el mar Jónico y desde el Mediterráneo hasta el Adriático (1).»

## CAPITULO VI

BONAPARTE Y EL DIRECTORIO.—COMIENZOS DEL TRASTORNO EUROPEO

Cuando Bonaparte estaba á punto de penetrar en los Estados patrimoniales de la casa de Austria, dirigió, en 10 de mayo de 1797, desde Bassano á los soldados del ejército de Italia una orden del día (2) como nunca la había publicado ningún general francés. Un ejército que podía gloriarse de



El general Alvinczy

haber ganado 14 batallas campales y 70 combates; de haber hecho mas de 100,000 prisioneros, de haberse apoderado de 500 cañones de campaña y 2,000 de plaza; de haber enriquecido el Museo de la capital con mas de 300 obras maestras del arte antiguo y moderno, un ejército así era siempre un fenómeno excepcional; la Francia de aquel tiempo en contró admirable que al ejército que había conquistado la Italia pudiera decirle su glorioso caudillo: «Los tesoros de la guerra que habeis sacado de los países conquistados han servido para la manutencion, sostenimiento y paga del ejército durante toda la campaña, y además habeis enviado al ministro de Hacienda treinta millones para aliviar la deplorable situacion del tesoro público.»

Una ojeada sobre la situacion económica de Francia demuestra la importancia de estas palabras: la misma direccion guerrera que había hecho de Bonaparte el señor de Italia, había sido causa de que á él se sometieran la Francia y el Directorio.

La historia financiera de la Revolucion puede narrarse

(1) *Corresp.*, XXIX, págs. 313-314.  
(2) *Corresp.*, II, págs. 372-373.

con la funesta historia de los asignados, aquel papel-moneda fundado sobre bienes nacionales que en otro tiempo había saludado Mirabeau con ilusorias esperanzas (3) y ante cuya incesante depreciacion debía confesar la nueva Francia la triste pero indudable realidad de que no tenía crédito alguno. La falta constante de la monarquía había consistido en que para cubrir antiguas deudas no había encontrado mas recurso que contraer otras nuevas: la misma falta cometió la Revolucion, la cual, al ver la depreciacion de los asignados, no supo hacer, además de la fijacion del máximo, sino emitir asignados nuevos (4). La única diferencia que entre estos dos sistemas existía resultaba desventajosa para la Francia moderna. En efecto, los empréstitos de la monarquía se contraían públicamente; así es que el aumento de la deuda pública no podía pasar inadvertido para los Estados: en cambio, la excesiva deuda que pesaba sobre los bienes del Estado, á consecuencia del desmedido aumento del papel moneda, no tenía publicidad y era obra de un capricho que nadie vigilaba, que ninguna ley limitaba y que era motivado mas bien por la miseria que por la mala voluntad ó por el afán de enriquecerse. Tal había sido la desastrosa innovacion por la Convencion introducida; pues así como hasta entonces cada emision de papel-moneda debía ser propuesta, discutida y aprobada en sesion pública, como si se tratara de una ley, la comision de Hacienda y la de Salvacion pública se acostumbraron á hacer funcionar la fábrica de asignados, cual si fuera un molino, por medio de órdenes de ellas solas emanadas. Cuando se reunió la Convencion, el valor de los asignados había descendido hasta el 72 por ciento, y durante sus sesiones fué descendiendo á 51 (enero de 1793), 40 (enero de 1794), 18 (enero de 1795) y 2'97 por ciento (julio de 1795). Estas aterradoras cifras demuestran el imperdonable abuso que de la prensa de asignados hicieron las comisiones de la Convencion (5).

Pero esto era una nimiedad comparado con lo que se permitió el Directorio. La fábrica de asignados de la Convencion tenía ocupados á 400 trabajadores: el Directorio aumentó el número de estos hasta 800, que en los dos últimos meses del año 1795 elaboraron 35,603 millones en asignados, los cuales unidos á los 12,000 millones ya existentes (6) elevaron la cifra del papel-moneda á 47,500 millones. Acerca de los acuerdos que fueron causa de tan extraordinarias consecuencias, poseemos datos como los siguientes: «Además de los 4,000 millones que mandó fabricar la comision de Salvacion pública en 4 brumario (25 de octubre), se fabricarán, por precaucion, otros 4,000 millones (acuerdo de la comision ejecutiva de 26 brumario, IV, 16 de noviembre de 1795).» «Se fabricarán asignados de 10,000 libras por la cantidad de 3,000 millones (acuerdo de 6 nivoso, IV, 26 de diciembre de 1795).» «Se fabricarán asignados de 200 y de 100 libras por la suma de 4,000 millones (acuerdo del mismo día).» «Se fabricarán asignados de 10,000 libras por la suma de 4,000 millones (acuerdo del 29 nivoso, IV, 18 de enero de 1796),» etc., (7). Esta prisa en la fabricacion llevó consigo la rápida depreciacion del papel-moneda. Desde el día 3 de noviembre de 1795, cien libras en papel no valieron ya una libra sino 0'87; en 1.º de enero de 1796, 0'54; en 1.º de febrero, 0'44, y en 22 de febrero, 0'29 (8). Y con

(3) Véase mas arriba.

(4) Véase mas arriba.

(5) Cálculo oficial anexo á la ley de 5 messidor V (23 junio de 1797). Véase Renato Stourm: *Les finances de l'ancien régime et de la révolution. Origines du système financier actuel*. Paris, 1885, II, pág. 310.

(6) Véase mas arriba.

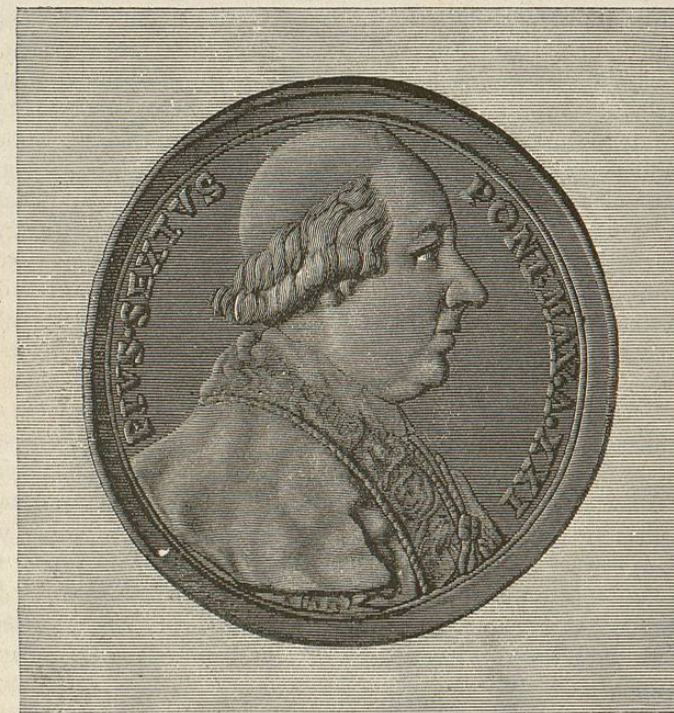
(7) Stourm, II, págs. 309-310.

(8) Stourm, II, pág. 311.

este papel, por el cual (á pesar de marcar cien libras) no se daba ya una libra sino seis sueldos, pagaba el Estado á sus acreedores, á sus abastecedores y á sus empleados, como si el valor nominal pudiera hacerse real y efectivo en cualquier caja. Imposible es describir la miseria que este estado de cosas produjo entre los empleados, las viudas y los huérfanos que tenían que vivir de sus sueldos ó de sus pensiones. Que un gobierno que contemplara impasible tal estado de cosas cometía el crimen mas contrario á la naturaleza, lo comprendió perfectamente el Directorio; pero ¡qué medios tan extraños adoptó para remediar este mal! El día 23 de diciembre tomó la heroica resolucion de romper la piedra litográfica de los asignados, como si esta tuviera la culpa de

todos los males; el día 19 de febrero de 1796 tuvo efecto con gran solemnidad, en la plaza de Vendome, la ejecucion pública de esta impúdica criminal. Pero el plazo que medió entre la adopcion del acuerdo y su cumplimiento había sido convenientemente aprovechado para sacar de la piedra condenada á muerte un último lote de 12,000 millones en asignados, que también fueron puestos en circulacion (1).

Este fué uno de los medios salvadores adoptados por el Directorio; el otro fué la invencion de un nuevo papel moneda, al cual se dió el nombre de «mandatos territoriales,» (*mandats territoriaux*) (2), y que debía servir para cambiar los antiguos asignados. Estos, en el cambio, solo eran admitidos á razon de uno por ciento, y este mismo tipo alcanza-



Retrato del papa Pio VI, copiado de una medalla

ron los mandatos, despues de haber sido admitidos al 18 por ciento. Todo esto no eran mas que preparativos para la bancarrota del Estado, que se manifestó primero por la anulacion del papel-moneda y luego por la rebaja de dos tercios de la deuda general del Estado. La primera medida fué dispuesta por la ley de 16 pluvioso del año V (4 de febrero de 1797), que quitó de un solo golpe el último valor nominal que aun conservaban los millares de millones en asignados y en mandatos territoriales, para lo cual no se alegó mas fundamento que la consideracion de que: «El escaso valor de los mandatos en circulacion los hacia inútiles para el tráfico mercantil de los ciudadanos, y al propio tiempo perjudiciales como objeto de especulacion y obstáculo á todo cálculo regular (3).» La rebaja de dos tercios de la deuda del Estado fué consecuencia de la ley de 9 vendimiario, VI, (30 de setiembre de 1797), de la cual hablaremos mas adelante. Una miseria que hacia saltar por encima de todas las leyes del honor y que acallaba la voz de la conciencia era lo que necesitaba Bonaparte para hacer del Directorio sumiso esclavo suyo.

(1) Ramel: *Des finances de la République*, véase Stourm, II, página 325.

(2) Stourm, II, pág. 326.

(3) Stourm, II, pág. 327.

Fácil es imaginar el júbilo que experimentaron los cinco empobrecidos habitantes del palacio del Luxemburgo al recibir de Bonaparte la carta en que, desde Peschiera (1.º de junio de 1796), les decía: «Por el correo van en direccion á Paris dos millones en oro; dad órdenes para que desde Lyon vayan debidamente custodiados. El ministro de Hacienda puede librar por cuatro ó cinco millones, que serán puntualmente pagados. Mañana saldrán de Milan cien caballos de tiro, los mas hermosos que hay en Lombardía: con ellos podreis sustituir los malos tiros que arrastran vuestros coches (4).» Los gobernantes de Francia casi no sabían ya de qué color era el dinero: en medio de la abundancia de papel-moneda que les rodeaba, sentían verdadera sed de oro y de plata; todos los valores nominales habían desmerecido tanto, que ninguna sutileza era capaz de engañar acerca de la necesidad absoluta de los valores metálicos. El hechicero que con su varita mágica hacia brotar de entre duros peñascos el oro era el mismo general Bonaparte que, el día 13 vendimiario, había aniquilado á los enemigos del Directorio. El general era un hombre dominador y caprichoso que en lo político y en lo militar seguía sus propios impulsos, consultando solo en apariencia los deseos y los sentimientos de sus

(4) *Corresp.*, I, pág. 346.

superiores. Esto producía gran disgusto en París; pero apenas este descontento se manifestaba, Bonaparte lo aprovechaba para presentar su dimisión, y entonces todas las nubes se desvanecían más rápidamente de lo que habían aparecido para abrir paso a una «docilidad republicana» que nada dejaba que desear en punto a conmovedora sumisión. Nadie era capaz de resistir el lenguaje del general cuando escribía, por ejemplo, desde Bolonia, en 2 de julio de 1796 (1): «Ayer salieron de esta ochenta carros con cáñamo y seda que serán conducidos a Niza, donde el cáñamo estará a la disposición del ministro de Marina. Ya os escribiré lo que hay que hacer con la seda. En Tortona estoy reuniendo todos los objetos de plata y las joyas, que por Chamberf envío a París; espero que esta sola remesa puede producir de 5 á 6 millones de libras; á ella agregaré moneda acuñada, en igual proporción, y todo cuanto pueda reunirse. Además del cáñamo remitido mandaré más por valor de un millón que he empleado sacado de los dos millones de Bolonia y de los tres de Ferrara. De los 5.500.000 libras que habrá de entregarnos el Papa, dejo cuatro millones al ministro de Marina. Los comisarios artísticos que me habeis enviado se portan bien y trabajan activamente en el asunto, habiéndose incautado de 15 cuadros en Parma, 20 en Módena, 25 en Milan, 40 en Bolonia y 10 en Ferrara, total, 110 cuadros. Estos sabios han hecho además una buena recolección en Pavía.»

El Directorio, además de la bancarrota financiera en que se encontraba, parecía amenazado de una grave crisis política. En efecto, en pugna ya con una tercera parte de los nuevos individuos del Cuerpo legislativo, cuando entró en este la otra tercera parte, nuevamente elegida en 20 de mayo de 1797, la situación se hizo insostenible. Toda la influencia de la representación nacional estaba ya definitivamente en la derecha, y los regicidas del Directorio se encontraban formando con sus afines los jacobinos una mísera minoría. Esta proporción se dejó sentir tanto más cuanto que el gobierno terminaba por aquellos días un proceso de Estado que excluía toda posibilidad de arrojarse en brazos de la izquierda.

El terrorismo de 1793, en medio de los actos imposibles y contrarios á la naturaleza que había cometido, no se había atrevido á dar un paso especial. Ciertamente que había usado toda clase de violencias contra los propietarios y que se había mostrado deferente por extremo con los que nada poseían; pero ni Marat, ni Robespierre, ni Saint-Just, á pesar de tomar tan en serio las doctrinas de Rousseau, tocaron para nada al derecho de propiedad ni al de adquirirla. Dar este último paso extremo era necesario para una ideología que no distinguía entre lo posible y lo imposible; más para hacer de la supresión de la propiedad el programa de la Revolución, precisamente en un momento en que se había dictado sentencia inapelable contra la dominación terrorista de los que nada poseían, era preciso el fanatismo de la desesperación, un fanatismo que considerara buenos todos los medios porque nada tenía que perder.

Apenas la Constitución del año III proclamó el nuevo derecho político de la burguesía enriquecida con los bienes nacionales (2), y apenas el Directorio, confiado en el vencedor del 13 vendimiario, hubo devuelto la libertad á los anarquistas encarcelados, apareció en un periódico de estos revolucionarios, á quienes tal gracia se había hecho, la siguiente proclama incendiaria: «La propiedad personal es la fuente de todos los males que pesan sobre la sociedad. La sociedad es una caverna, la armonía que en ella reina es un crimen. ¿Qué se habla de la ley de propiedad? Las propiedades están en

(1) *Corresp.*, I, pág. 449.  
(2) Véase más arriba.

manos de ladrones: las leyes son las obras de los más fuertes. El sol brilla para todos, y la tierra no es propiedad de nadie. ¡Sís, amigos! Arrancad, destruid, trastornad esta sociedad que no os conviene. Tomad lo que más os guste: derribad sin remordimiento alguno las lindes y las Constituciones; estrangulad sin misericordia á los tiranos, á los patricios, al millon dorado, á todos los seres impúdicos que son un obstáculo al público bienestar. Vosotros sois el pueblo, el verdadero pueblo, único digno de disfrutar de todos los bienes de esta tierra. La justicia del pueblo es majestuosa como el pueblo mismo: lo que este hace es legal, lo que ordena es sagrado (3).» El periódico en que se publicaban diariamente tan incendiarios artículos se titulaba: *El Tribuno del Pueblo*; el autor de estos escritos se llamaba Camilo Babeuf, el cual había sustituido su nombre de pila con el de Graco, porque se imaginaba que los Gracos habían sido comunistas. A este demagogo audaz y exacerbado por muchos años de persecución y de cárcel, se juntaron una porción de feroces fanáticos que no podían olvidar la edad de oro en que bajo la excusa de servir á la Revolución les era permitido todo, absolutamente todo. Con el club secreto de los *Iguales*, que con sus amigos Darthe y Buonarroti había fundado Babeuf en el Panteón, hacía causa común otro grupo al frente del cual se encontraban Amar (4), Rossignol y otros asesinos cesantes. También existían extensas alianzas con el ejército, pero precisamente de este lado les vino á los conjurados todo el mal, pues un capitán llamado Grisel, que se había introducido entre ellos como revolucionario apasionado, descubrió todo el complot al director Carnot, y el día 10 de mayo de 1796, en la misma hora en que debía celebrarse la última discusión que había de preceder á la explosión revolucionaria, fueron reducidos á prisión Babeuf y todo su estado mayor. El primero fué detenido en el momento en que firmaba el mensaje de la victoria. Después de tres meses de debates públicos ante el tribunal de Vendome fueron condenados, en 26 de mayo de 1797, Babeuf y su compañero Darthe á muerte y los otros siete, entre los cuales figuraban Buonarroti y Germain, á la deportación. Los debates del proceso, durante los cuales Babeuf y su defensor Real pronunciaron ardientes discursos y dieron lugar á escenas animadas, pusieron de manifiesto innumerables heridas, cuya renovación era entonces menos grata que nunca al Directorio. A los ojos de los «inmaculados», los regicidas del Directorio no tenían sobre los vencidos anarquistas más ventaja que haberles tocado mejor suerte por haber tenido menos consecuencia y menos fuerza de convicción. Estos «inmaculados» eran entonces los dueños de la situación.

Las nuevas elecciones de abril de 1797 fueron una derrota del Directorio y de todos los partidos antiguos. Ya en las elecciones preparatorias los republicanos no se atrevieron á presentarse en dos terceras partes de Francia y en los pocos puntos en que salieron vencedores debieron la victoria únicamente á la violencia. De los 84 antiguos departamentos, en 66 la mayoría de los electores dió su voto á los no republicanos, ocho votaron candidatos sin color político y solo diez permanecieron fieles á los jacobinos. Este cambio radical produjo la impresión de una verdadera catástrofe. Lo más peligroso era que la misma capital, antes foco de todos los movimientos anarquistas, esta vez no solo se emancipó de los jacobinos sino que se puso al frente del movimiento anti-revolucionario. En las elecciones de compromisos, como en las de diputados, fueron descartados, en París, no solo los republicanos declarados sino también los constitucionales que habían tomado parte

(3) Barante: *Histoire du Directoire de la République française*. Paris, 1855, I, página 54.  
(4) Véase más arriba.

activa en la primera Revolución y los realistas que trabajaban en pro de la contra-revolución y del restablecimiento del antiguo régimen. El espíritu dominante en aquella tercera parte de diputados que habían sido elegidos, al decir de Mallet du Pan, que está muy bien enterado de estas cuestiones, tendía á restablecer la monarquía, pero paso á paso, con el auxilio de la Constitución vigente y sin necesidad de promover una revolución (1). La derogación de todas las leyes de persecución contra los emigrados y los sacerdotes, y la paz con la antigua Europa sobre la base de renunciar á toda conquista y á toda revolución en territorio extranjero, fueron los puntos del programa de la nueva mayoría del consejo de los Quinientos, que inmediatamente se pusieron de manifiesto con gran claridad en las elecciones, en los discursos, proposiciones y acuerdos. La elección de presidente fué ya una declaración de guerra contra el Directorio: de 444 votos que se emitieron, obtuvo 387 el general Pichegrú, de quien entonces se ignoraba todavía que estuviera secretamente á sueldo de los Borbones, y en el cual se quiso honrar al adversario declarado del Directorio, que le había destituido. En las elecciones para completar el Directorio, llenando la vacante de Letourneur, director saliente designado por la suerte, fué nombrado Barthelemy (24 de mayo), á quien hemos visto ya de embajador en Suiza (2) y cuyo nombre era una garantía de noble diplomacia en pro de la paz universal, al propio tiempo que de un irremediable desacuerdo en el seno del gobierno. Barthelemy era un agradable aliado para Carnot, que estaba reñido á muerte con Barras, y la mayoría de los Quinientos veía en él la cuña que debía hacer saltar al Directorio. Esta actitud, á la par que indicaba un sentimiento hostil hacia el sistema existente, era una grave falta de tacto político, pues Pichegrú era un general sin ejército y Barthelemy un hombre honrado sin fuerza de carácter. El «club de Clichy», como se llamaba á la fracción parlamentaria de la nueva mayoría, no había adivinado dónde residía el verdadero poder efectivo que debía decidirlo todo; de lo contrario, no habría tolerado que su principal orador atacase al verdadero gobernante de Francia, al general Bonaparte, de una manera que necesariamente debía inducir á este y á todo el ejército, embriagado con sus victorias, á ponerse al lado de la mayoría del Directorio, proporcionándole una espada tan deseada para su legítima defensa.

La pregunta que formuló el diputado Dumolard (3), en 23 de junio de 1797, á propósito de las violencias ejercidas en Venecia, pregunta que fué apoyada de un modo muy detallado, fué una obra acabada de ligereza política. A juzgar por las palabras, iba dirigida únicamente contra el Directorio, al cual se echaba en cara el hacer una política guerrera arbitraria con menosprecio de los derechos del Parlamento; pero en realidad la intención iba toda contra el general Bonaparte, pues toda la arbitrariedad y toda la autocracia de que se acusaba á los directores eran su obra personal; y tanto lo creía así Dumolard, además de que podía probarlo con documentos en la mano, que en cada paso que en este sentido se daba veía lo que era verdad, es decir: una provocación del general Bonaparte, cuyas consecuencias podían ser fatales para el agresor y para todo su partido. A la violencia que á Venecia se había hecho y que ya conocemos, había seguido en Génova una revolución promovida por los franceses (4). Sobre ambos

(1) *Correspondance de Mallet du Pan avec la cour de Vienne (1794-1798)* publiée d'après les manuscrits conservés aux archives de Vienne, par André Michel. Paris, 1884, II, págs. 264-268. Véase I, páginas 371-374.  
(2) Véase más arriba.  
(3) Barante: *Hist. du Directoire*, II, pág. 272.  
(4) Sybel, IV, pág. 542.

sucesos se pidieron explicaciones, y todo el espíritu, todas las tendencias de la política italiana de Francia fueron objeto de una crítica, cuya severidad en nada era menguada por las constantes genuflexiones que se hacían ante los héroes del ejército italiano y ante su glorioso caudillo. Desde el discurso de Dumolard y desde que á lo dicho por él asintieron los más notables oradores de la mayoría, especialmente Pontecoulant, Boissy d'Anglas y Thibaudeau, Bonaparte se consideró en lucha con el consejo de los Quinientos y procedió en su consecuencia, es decir, agitó ante el ejército el espectro cuya aparición producía en todo tiempo efecto seguro, á saber: el fantasma del realismo, es decir, el trastorno completo del ejército (5).

En el aniversario de la toma de la Bastilla, que Bonaparte quiso celebrar con gran pompa, el ejército de Italia, con sus públicas y amenazadoras manifestaciones, arrojó el guante al consejo de los Quinientos.

El día 14 de julio de 1797 dirigió Bonaparte á su ejército la siguiente orden del día (6): «Soldados: Hoy es el aniversario del 14 de julio. Delante de vosotros aparecen los nombres de vuestros compañeros que sucumbieron en el campo del honor por la libertad de la patria, ellos os dieron el ejemplo. Vosotros os debéis por completo á la República; os debéis por completo á la felicidad de treinta millones de franceses; os debéis á la gloria de aquel nombre que con vuestras victorias ha adquirido nuevo brillo. Soldados, sé que os apenan profundamente los males que amenazan á la patria; pero la patria no puede correr serios peligros. Aquí están los que la han hecho triunfar sobre la Europa aliada. Las montañas nos separan de Francia, pero con alas de águila las atravesaréis si menester fuera para mantener incólume la Constitución, para defender la libertad y para proteger al gobierno y á los republicanos. Soldados, el gobierno vela por el santuario de las leyes, cuya defensa os está confiada. En cuanto aparezca el realismo habeis dejado de existir. Estad tranquilos y juremos, por los manes de los héroes que á nuestro lado han sucumbido por la libertad y por nuestra nueva bandera, guerra sin piedad á los enemigos de la República y de la Constitución del año III.»

Este lenguaje fué el de todos los brindis del banquete que aquel día se celebró y se reflejó en los innumerables manifiestos que en cada división de infantería y de caballería llenaron con sus firmas los oficiales, sargentos y soldados, y que el general Berthier remitió al Directorio y á los dos Consejos. A estos manifiestos precedió una carta del general en jefe en la cual pidió al Directorio, bajo la amenaza de dimitir, que diera un golpe de Estado contra el club de Clichy.

En esta carta se decía, con fecha 15 de junio de 1797: «El ejército recibe una porción de periódicos que en París se publican, precisamente los peores de todos; pero el efecto que causan es contraproducente, pues la indignación del ejército ha llegado á su último grado. A voz en grito pregunta el soldado si como recompensa de sus penalidades y de seis años de guerra será á su regreso asesinado, como parecen estar amenazados de serlo todos los patriotas. Las circunstancias son cada día más apremiantes y yo creo, ciudadanos directores, que es de todo punto necesario que tomeis una resolución. Adjunta encontrareis la proclama que he dirigido al ejército y que ha producido la mejor impresión. No hay aquí nadie que no prefiera morir con las armas en la mano á dejarse asesinar en un callejón sin salida de París. Por lo que á mí hace, estoy acostumbrado á prescindir de mis intereses particulares, pero no puedo perma-

(5) Véase más arriba.  
(6) *Corresp.*, III, págs. 180-181.